DOCUMENTOS

Ante la situación actual/

Mensaje de los obispos del Perú

Introducción

1. La gravedad de la situación por la que atraviesa hoy nuestro país y la urgencia de encontrar principios de solución nos ha reunido a los Obispos del Perú en Asamblea. La crisis es sentida por todos y hay muchos esfuerzos por contribuir a su superación. La Iglesia también se siente interpelada porque, en el espíritu del "Vaticano II", es plenamente solidaria con el hombre. Sabe que tiene una contribución indispensable al amenazado bien común. Al preguntarse qué puede ofrecer al hombre peruano en la situación actual, como San Pedro, en los Hechos de los Apóstoles 3, 6, confrontado por el hombre que se dirigía a él pidiendo ayuda, quiere darle lo que tiene: a JESUCRISTO. Su misión consiste en dar a Cristo a los hombres, convencida de que Jesús no sólo salva después de la muerte sino ya desde ahora. Desde El, queremos empezar nuestro esfuerzo para comprender las verdaderas dimensiones y el sentido de la crisis. Creemos que debemos ver en ella una llamada que Dios nos hace y una oportunidad que nos ofrece, para superarla, creciendo en solidaridad.

Visión de la situación

2. Desde nuestra misión de Pastores, si buscamos una superación de la crisis, debemos llegar a sus raíces profundas, pero veamos primero sus manifestaciones más inmediatas:

Lo que sentimos todos, pero en forma más dramática los sectores de menos recursos, es un deterioro grave de la situación económica, cuyas repercusiones más notorias se dan en la alimentación, salud, vivienda, transporte, y la inseguridad en la convivencia social.

Observamos con preocupación diversas manifestaciones de crisis en la vida política: la corrupción unida a la impunidad, egoísmos, faltas a la verdad, ideologías extremas, intereses partidistas e irresponsabilidades, que han conducido a la pérdida de credibilidad. Lamentamos, además, la presencia de una violencia terrorista que, a veces, lleva a una represión descontrolada.

Ante esta situación, *es necesario consolidar, promover, respetar, defender la vida y la dignidad de la persona, el estado de derecho y la democracia.*

Raíces profundas

3. "Nada hay fuera del hombre que entrando en él pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre" (Mc 7, 14).

Vemos la raíz profunda de la crisis actual en la quiebra de los valores éticos. A este propósito traemos la enseñanza del Santo Padre, que cobra especial actualidad en el momento que vivimos:

"Pecado y estructuras de pecado son categorías que no se aplican frecuentemente a la situación del mundo contemporáneo.

Sin embargo, no se puede llegar fácilmente a una comprensión profunda de la realidad que tenemos ante nuestros ojos, sin dar un nombre a la raíz de los males que nos aquejan. Se puede hablar ciertamente de *egoísmo* y de estrechez de miras. Se puede hablar también de *cálculos políticos errados* y de *decisiones económicas imprudentes.* Y en cada una de estas calificaciones se percibe una resonancia de carácter *ético-moral.* En efecto, la condición del hombre es tal que resulta difícil analizar profundamente las acciones y omisiones de las personas sin que implique, de una u otra forma, juicios o referencias de orden ético" (Sollicitudo Rei Socialis, n. 36).

Se da frecuentemente la separación de Fe y Vida, independizando lo económico y político de lo ético, que tiene su fundamento absoluto en lo religioso.

La Iglesia ante la situación

4. Nosotros como Pastores del Pueblo de Dios, en la crisis que estamos viviendo, queremos en el nombre del Señor, comunicar esperanza y dar orientación: "No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros" (Jn 14, 18). Todos estamos llamados a una cooperación generosa por el bien de nuestra querida Patria. En la hora presente, cada uno de nosotros, debe rectificar su conducta y comprometerse en la promoción del bien común partiendo de nuestra tradición católica que nos ha marcado como pueblo.

Orientación

5. Entre las virtudes cristianas de nuestro pueblo, queremos resaltar la *Solidaridad.* Juan Pablo II dice de ella:

"A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones *específicamente cristianas* de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en *imagen viva* de Dios Padre

rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: 'dar la vida por los hermanos' (1 Jn 3, 16)" (S.R.S. n. 40).

La fe en Jesucristo, nuestro Redentor, nos lleva a aceptar su camino de salvación que es el de la Cruz. Esto significa que aceptamos la fuerza salvadora de la renuncia y del dolor sufridos con y por amor, la necesidad de buscar perdón y saber perdonar, y la esperanza basada en la Palabra de Dios que, por la Cruz, nos lleva a la Resurrección y a la Vida eterna. Esta Fe sitúa los bienes de este mundo y nuestros propios esfuerzos por un auténtico y pleno desarrollo, en su verdadera dimensión.

6. En nombre de nuestra herencia de fe, cambiemos de corazón y de conducta: "Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos" (Mt 3, 2).

Digamos 'No' a la explotación, a la marginación, a la ostentación, que son faltas de solidaridad con el necesitado. Digamos 'no' a los atentados contra la vida. Digamos 'No' a la pereza, mentiras e irresponsabilidades. 'No' a la especulación.

Rechacemos la violencia en todas sus formas, y emprendamos la vía del diálogo sincero en la solución de conflictos. Aceptemos nuestras responsabilidades personales, familiares y cívicas. Ejerzamos la autoridad como servicio fraterno: "No he venido a ser servido sino a servir" (Mc 10, 45). Empecemos por exigirnos, lo que exigimos a otros.

Tomemos la determinación firme y perseverante de empeñarnos por el bien común de nuestra Patria, es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos (Cf. S.R.S. n. 38).

Con espíritu solidario y cumpliendo nuestra misión de Iglesia invocamos la conciencia de nuestro pueblo en sus varios niveles de responsabilidad.

7. *A los responsables de los Poderes del Estado* les reiteramos lo dicho en el pronunciamiento de los Obispos del Perú en el mes de Agosto:

"Como pastores de la Iglesia Católica es nuestro deber recordar, con todo respeto y humildad, pero también con firmeza, en nombre de Dios, que los *responsables de los tres Poderes del Estado* deben asumir el ámbito de sus respectivas obligaciones con seriedad y desprendimiento de intereses personales o de grupo, teniendo solamente en cuenta el compromiso ante Dios y la Patria, adquirido en el solemne juramento emitido al aceptar sus propias responsabilidades. La autoridad sin autoritarismo, es imprescindible para toda democracia".

8. *A las instituciones encargadas del orden público y de la defensa de la Patria,* les alentamos a que en el uso de las funciones que la ley les señala, consideren siempre la fundamental dimensión ética de sus responsabilidades. Una ayuda indispensable será una legislación adecuada a la situación actual.

9. *A los sindicatos,* les recordamos con la Doctrina Social Católica, que ellos "son un exponente de la lucha por la justicia social,

por los justos derechos de los hombres del trabajo según las distintas profesiones. Sin embargo, esta lucha debe ser vista como una dedicación normal *en favor* del justo bien" (Laborem Exercens, n. 20).

Pero no es una lucha contra los demás. El trabajo tiene como característica propia que, antes que nada, une a los hombres y en esto consiste su fuerza social: la fuerza de construir una comunidad. (Cf. Idem)

10. *A los empresarios,* con el Papa les decimos: "Vuestra Patria espera mucho de vosotros, particularmente en la difícil situación por la que atraviesa la economía y que, aunque afecta a todos, sus efectos negativos recaen con mayor fuerza sobre los más pobres. Con generosa dedicación y empeño, colaborad en la construcción de una economía fundada en la recta jerarquía de los valores, estad siempre atentos a las exigencias de la justicia, la misericordia y la solidaridad" (Mensaje al Mundo de la Cultura y a los Empresarios. Lima, 88).

11. *A los hombres del campo* los alentamos como lo hizo el Papa en el Cusco, por sus envidiables virtudes humanas y cristianas de las que nos sentimos orgullosos. Sepan que el Perú les debe mucho y espera mucho de ustedes para lograr una autosuficiencia alimentaria. Deseamos que todos nuestros compatriotas acepten retribuir su trabajo de manera que les permita vivir dignamente. No dejen "que se degrade su dignidad moral y religiosa cediendo a sentimientos de odio y violencia, sino amen siempre la paz" (Cusco 85).

12. *A los educadores,* colaboradores primeros de los padres de familia en la formación de los futuros hombres y mujeres de la Patria, les pedimos que, según el modelo del Divino Maestro, tengan especial respeto por la verdad sin admitir la posible seducción de ideologías que nos desvían de las exigencias de nuestra fe.

La grandeza del trabajo intelectual la constituye en definitiva, la búsqueda de la verdad. La labor que Dios les pide es un servicio a la verdad. Verdad que debe ser enseñada a cada momento en los centros educativos. (Cf. Mensaje al Mundo de la Cultura y a los Empresarios, n. 7, Lima 88).

13. *A las familias,* queremos hacerles llegar nuestra especial invocación como célula fundamental de la sociedad, llamadas a transmitir los valores fundamentales que forjan y dignifican a la persona humana. Vemos con preocupación todo lo que atenta contra su unidad y contra la vida que en ellas se prolonga. Rechazamos enérgicamente las campañas millonarias de anticonceptivos que contradicen los principios morales del Evangelio con "falta absoluta de respeto por la libre decisión de las personas afectadas, sometidas a veces a intolerables presiones, incluso económicas" (S.R.S. n. 25). Por el contrario, las exhortamos para que consciente y responsablemente asuman su misión como comunidad de Amor y Vida.

14. *A los jóvenes,* desde la vitalidad y dinamismo propios de su edad, les invitamos a ser constructores de una sociedad mejor. No sucumban a la tentación de la violencia que todo lo destruye

y conduce a la desesperación. No se refugien en el alcohol y la droga. (Cf. Mensaje a los Jóvenes, Lima 88). Como Pastores, pedimos que se respete su derecho a la educación y al trabajo.

15. *A los responsables de los medios de comunicación social,* les decimos que, conscientes de su enorme responsabilidad e influencia en la formación y orientación de la opinión pública, ejerzan su función con veracidad y sumo respeto a los valores morales y religiosos de nuestro pueblo.

16. *A los que han puesto su confianza en la lucha armada,* queremos decirles con Juan Pablo II:

"¡El mal nunca es camino hacia el bien! No podéis destruir la vida de vuestros hermanos; no podéis seguir sembrando el pánico entre madres, esposas e hijas. No podéis seguir intimidando a los ancianos. No sólo os apartáis del camino que con su vida muestra el Dios-Amor, sino que obstaculizáis el desarrollo de vuestro pueblo... De ningún modo se justifica el crimen como camino de liberación. La violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y de esclavitud, de ordinario más graves que aquellas de las que se pretende liberar... Os pido, pues, en nombre de Dios: ¡Cambiad de camino! ¡Convertíos a la causa de la reconciliación y de la paz! ¡Aún estáis a tiempo! Muchas lágrimas de víctimas inocentes esperan vuestra respuesta" (Ayacucho, 85).

Sabemos que "el objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor" (S.R.S. n. 39).

17. Apreciamos los esfuerzos de muchos para solucionar la actual situación y los animamos a seguir en este empeño. Al mismo tiempo, felicitamos fraternalmente a todos los que ayudan y trabajan por el bien de los más necesitados.

Compromiso

18. Creemos que en esta hora de crisis, nuestra fe debe crecer y hacerse más exigente: "Señor, creo, pero aumenta mi fe" (Mc 9, 24).

Nos comprometemos a orar insistentemente al Señor para que nos dé su gracia sin la cual todo esfuerzo humano es inútil: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama se le abrirá" (Mt 7, 7-8).

Nos comprometemos a intensificar la labor evangelizadora de la Iglesia, convencidos de que sólo la fuerza transformadora del Evangelio puede cambiar el corazón del hombre.

Nos comprometemos a estimular a nuestros fieles a un renovado esfuerzo de solidaridad con los más necesitados, y procuraremos que este esfuerzo esté bien coordinado y sea eficaz.

Nos comprometemos así mismo, a continuar y aun a intensificar el multiforme esfuerzo de nuestras instituciones que ya ofrecen su fraternal ayuda a los más necesitados: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré" (Mt 11, 28).

Empeñamos nuestro respaldo moral a todo intento para superar la crisis y nos reafirmamos en nuestro esfuerzo incansable por reconstruir la fibra moral de nuestro pueblo.

Conclusión

19. Sea nuestro mensaje un llamado a la esperanza, que no excluye, antes bien, exige todo nuestro esfuerzo que está fundamentado en el poder y en la bondad del Señor, manifestados ya tantas veces en el curso de nuestra historia: "Todo el que cree en El, no será confundido" (Rom 10,11).

En este momento oímos con más fuerza la palabra del Señor que nos dice: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (Mt 28, 20). El culto al Señor de los Milagros es un testimonio viviente de la presencia de Cristo entre nosotros. A El acudimos a través de la intercesión de la Virgen María, Reina de la Paz, a quien el pueblo del Perú fue consagrado recientemente por el Papa.

Sea esta crisis, ocasión para volver sinceramente a El, y recobrar así nuestra auténtica identidad tantas veces glorificada en los santos peruanos.

Sabemos que el amor del Señor no se cansa. Este amor, en reconciliación, en servicio y en solidaridad con los que más sufren, nos apremia a cumplir su mandato: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 15, 12).

Lima, 18 de octubre de 1988

Los Obispos del Perú